

MOUNTOLIVE

Lawrence
Durrell



LAWRENCE

MOUNTOLIVE

EL CUARTETO DE ALEJANDRIA

EDHASA

BARCELONA, 1970

MOUNTOLIVE

LATINOAMERICANA DE BOLSILLO

Título de la edición original, MOUNTOLIVE

Traducción de *Santiago Ferrari*

© EDITORIAL SUDAMERICANA, S. A. 1961

Humberto I, 545, Buenos Aires

© EDHASA, Infanta Carlota, 129. Barcelona, 1970

En colaboración con Editorial Sudamericana, S. A.

(Primera edición, 1970)

PRINTED IN SPAIN

Depósito Legal: B. 46476-1970

A Claude

ἀγαθὸν διάμονος

NOTA

Todos los personajes y situaciones descritos en este libro (hermano de *Justine* y de *Balthazar*, y tercer volumen de un cuarteto) son puramente imaginarios. He usado del derecho del novelista al tomarme unas cuantas libertades indispensables respecto de la historia contemporánea del Medio Oriente y de la estructura del personal en el servicio diplomático británico. También he mejorado la belleza de la plaza Trafalgar, añadiéndole unos cuantos olmos. *Homi soit qui mal y pense.*

Disipado el sueño, si uno hubiera de recobrar el estado de ánimo propio del sentido común, el hecho sólo parecería tener mediana importancia: es la historia del hacer mal con la imaginación. Todo el mundo la conoce y ya nadie ofende. Pero ¡ay! A veces uno lleva la cosa un poquito más lejos. ¿Cuál —nos atrevemos a preguntar—, cuál sería la realización de la idea si su mera forma abstracta nos ha exaltado así, nos ha conmovido tan hondamente? Entonces la siniestra ensoñación cobra vida y su existencia es un crimen.

D. A. F. DE SADE: *Justine*.

I

Como joven que prometía mucho más de lo común, lo había enviado a Egipto por un año, a fin de mejorar su dominio del idioma árabe; y se encontró agregado a la Alta Comisión como una especie de escriba, esperando su primer puesto diplomático; y ya se comportaba como un joven secretario de legación, con plena conciencia de las responsabilidades del futuro cargo. Pero hoy le resultaba un poco más difícil que de costumbre mantenerse serio: tan emocionante se había hecho la partida de pesca.

A decir verdad, tenía olvidados casi por entero sus pantalones de tenis, otrora tirantes de bien planchados, y su chaqueta de colegio; ni reparaba en que el agua del pantoque, subiendo por entre las tablas del piso, manchaba la punta de sus zapatillas blancas con un casquete negro. En Egipto uno se olvidaba continuamente de sí mismo. Bendijo la carta casual de presentación que le llevó a los campos de los Hosnani, a la amplia casona, construida sobre una red de lagos y taludes de Alejandría. Sí.

El «punt» que lo conducía ahora, a lentos empujones por el agua turbia, se volvía lentamente hacia el este, para tomar posición en el gran semicírculo de botes que se cerraba gradualmente sobre una zona objetivo delimitada por las oscuras espigas de cañas de las cuencas donde se

congregaban los peces. Y mientras se acercaban, golpe por golpe, cayó la noche egipcia... súbita reducción de todos los objetos a bajorrelieves sobre un biombo de oro y violeta. La tierra se había puesto densa como un tapiz en el reflejo crepuscular, color lila, temblando aquí y allí, con espejismos de agua producidos por la humedad que subía, expandiendo y contrayendo horizontes, hasta que el mundo le parecía a uno reflejado en una trémula pompa de jabón, próxima a desaparecer. También las voces, del otro lado del agua, sonaban ora altas, ora tiernas y claras. Su propia tos volaba al otro lado del lago en súbitos aletazos. Oscurecía, pero hacía calor aún; la camisa se le pegaba a la espalda. Las lanzas de oscuridad que llegaban hasta ellos sólo diseñaban la forma de las islas bordeadas de cañaverales, que puntuaban el agua como grandes acericos, como zarpas, como cojines. Lentamente, al ritmo de la plegaria o la meditación, el gran arco de botes se estaba formando y cerrando, pero como la tierra y el agua se licuaban en ese ritmo, se tenía una y otra vez la ilusión de que viajaban a través del cielo, más bien que de las aguas aluviales del Mareotis. Y más allá de la vista, podía oír el chapaleo de los gansos y, en un rincón, el agua y el cielo se separaban bruscamente al alzarse una bandada de ellos, arrastrando sus membranosos pies a través del estuario, como hidroaviones, chillando roncamente. Mountolive suspiró y miró, hacia abajo, el agua parda, con el mentón en las manos. No estaba acostumbrado a sentirse tan contento. La juventud es la edad de las desesperaciones.

Detrás de sí oía al hermano menor, Naruz, el de labio leporino, refunfuñando a cada empujón de la pértiga, cuando la sacudida de la barca repercutía en sus riñones. El lodo, espeso como jalea, goteaba cayendo de nuevo en el agua, con un lento «flob flob», y el palo lo succionaba con fruición. Era muy hermoso, pero con un olor repugnante, aunque, para sorpresa suya, vio que casi le gustaban los olores a podrido del estuario. Rachas de viento, desde el lejano horizonte del mar, subían como marea en torno a ellos, de tiempo en tiempo, refrescando la mente. Coros de mosquitos zumbaban como una lluvia de plata en el

ojo del sol muriente. La telaraña de luz cambiante puso fuego a su espíritu.

—Naruz —dijo—, estoy tan contento... —y escuchaba sus propios y tranquilos latidos.

El joven emitió su risa típica, silbante:

—Bien, bien —contestó subiendo y bajando la cabeza—. Pero esto no es nada. Espere, ya estamos cerrando.

Mountolive sonrió. «Egipto», dijo para sí como quien repite un nombre de mujer. «Egipto».

—Allá, mire —exclamó Naruz con voz ronca y melódica—. Los patos no son *rusés*, ¿sabe? —(hablaba un inglés imperfecto y pomposo)—. Por eso cazarlos es fácil. Ustedes dicen cazarlos, ¿no? Hay que zambullirse debajo de ellos y agarrarlos de las patas. Más fácil que tirarles ¿eh? Si quiere, mañana iremos.

Gruñó de nuevo al palo impulsor y suspiró.

—¿Y qué hay de las víboras? —preguntó Mountolive. Había visto varias grandes, nadando por ese lugar aquella tarde.

Naruz encogió sus robustos hombros y rió.

—No hay víboras —respondió riendo de nuevo.

Mountolive se volvió de costado para apoyar la mejilla en la madera de la proa. Con el rabillo del ojo podía ver la figura de su compañero que se alzaba al hundir la pértiga y estudiar los peludos brazos y manos, las recias piernas musculosas.

—¿Tomo un turno? —preguntó, en árabe. Ya había notado cuánto les gustaba a sus huéspedes que les hablara en su lengua natal. Sus respuestas, entre sonrisas, eran como un abrazo—. ¿Lo tomo?

—No, no —contestó Naruz, sonriendo con su fea sonrisa, sólo redimida por unos magníficos ojos y una profunda voz. El sudor le goteaba del rizado cabello negro, de pico de viuda. Después, no fuera que la negativa pareciera descortés, añadió—: La corrida empezará con la oscuridad. Yo sé qué hacer, y usted tiene que quedarse sentado y mirar los peces.

Las dos pequeñas franjas de carne rosada que bor-

deaban su labio partido estaban húmedas de saliva. Guiñó los ojos con cariño al joven inglés.

Ahora la oscuridad avanzaba a la carrera hacia ellos y la luz expiraba. Súbitamente, Naruz exclamó:

—¡Ahora es el momento! Mire allí.

Batió las palmas fuertemente y gritó por sobre el agua, sobresaltando a su compañero que siguió, levantando la cabeza, la dirección que señalaba el dedo.

—¿Qué?

El sordo estampido de un tiro disparado desde el bote más lejano estremeció el aire, y repentinamente el horizonte quedó cortado en dos por una nueva bandada, que se levantaba con más lentitud y dividía la tierra del aire, en una herida roja, viajera; como el corazón de una granada mirando a través de su cáscara. Después, pasando de rosada a escarlata, se pintó de blanco y cayó sobre el lago como una nieve que se derritiera al tocar el agua.

—Flamencos —gritaron los dos riendo, y la oscuridad se cerró, extinguiendo el mundo visible.

Por un largo rato descansaron, respirando hondamente, dejando que los ojos se acostumbraran a ella. Voces y risas llegaban desde los botes distantes, flotando a través de su sendero. Alguien exclamó: «Ya Naruz», y de nuevo, «Ya Naruz». Él se limitó a gruñir. Y en esto llegó el breve sonido sincopado de un tamborileo con los dedos, cuyos ritmos se copiaron en seguida en la mente de Mountolive, de modo que sintió que sus propios dedos empezaban a tamborilear sobre las tablas. El lago estaba sin piso ahora, el lodo amarillo se había desvanecido, el lodo blando resquebrajado de prehistóricas fallas lacustres, o el lodo bituminoso que arrastraba el Nilo delante de sí, camino del mar. Toda la oscuridad seguía oliendo aún a ese barro. «Ya Naruz», volvió el grito, y Mountolive reconoció la voz de Nessim, el hermano mayor, llevada sobre un soplo marino mientras espaciaba las palabras:

—Tiempo... de... encender...

Naruz emitió un grito de respuesta y gruñó de satisfacción, mientras buscaba fósforos en el bolsillo:

—Ahora va a ver —dijo con orgullo.

El círculo de botes se había estrechado lo bastante para abarcar las cuencas de peces, y en la cálida oscuridad empezaron a chisporrotear fósforos y prontamente las lámparas de carburo se prendieron como trémulas flores amarillas, vacilando hasta definirse, permitiendo a los que estaban fuera de línea rectificar su posición. Naruz se inclinó sobre su huésped y tanteó buscando la proa. Mountolive olió el sudor del robusto cuerpo de Naruz, que probaba el tubo de goma y sacudía la vieja caja de baquelita del farol, llena del residuo de carburo. Después dio vuelta una llave, prendió un fósforo y por un momento densas nubes de humo envolvieron a los dos hombres, que contuvieron el aliento, pero el ambiente se despejó rápidamente mientras debajo de ellos florecía, como un inmenso cristal de colores, un semicírculo de agua del lago, candente y fiel como una linterna mágica al reflejar las sobresaltadas imágenes de peces que se dispersaban y volvían a formarse con movimientos de sorpresa, curiosidad, quizá placer inclusive. Naruz expelió el aliento con fuerza y volvió a su lugar.

—Mire abajo —dijo—, pero mantenga bien baja la cabeza.

Como Mountolive, que no había entendido esta última parte del consejo, se volvía para preguntarle, agregó:

—Póngase un saco en la cabeza. Los martin pescadores se enloquecen con el pescado y no saben ver de noche. La última vez me cortaron la mejilla y Sobhi perdió un ojo. Mire adelante y abajo.

Mountolive hizo lo que le ordenaban y se quedó allí flotando sobre el nervioso charco de luz del farol cuyo piso era de pronto un cristal sin par, no barro, y estaba animado por tortugas acuáticas, ranas y peces que se deslizaban, toda una población perturbada por el mundo superior que se había entrometido en el suyo. La barca se sacudió nuevamente y avanzó, mientras la fría agua del pantoque le subía alrededor de los dedos de los pies. Con el rabillo del ojo podía ver que el gran semicírculo de luz, la cadena de flores de fuego, se iba cerrando más rápidamente, y, como para dar a los botes orientación y medida,

se levantó el rumor de un tamborileo y un canto apagado y melancólico, pero imperioso. Sintió que el empujón del bote, que daba vuelta, repercutía nuevamente en su columna vertebral. Experimentaba unas sensaciones que no le recordaban nada de lo que había conocido antes; sensaciones completamente originales.

Ahora el agua se había vuelto densa y espesa; como una sopa de avena que se va espesando poco a poco al ser revuelta a fuego lento. Pero cuando miró mejor, vio que no era el agua sino la multiplicación de los peces lo que producía esa sensación. Pululaban, se lanzaban como un disparo hacia adelante, en escuadras, excitados por la propia conciencia de su número, pero todos deslizándose y entrechocándose en una misma dirección. El cerco se había ajustado como un dogal, y ya solamente veinte pies los separaban del próximo bote, del próximo charco de luz de cera. Los barqueros habían empezado a lanzar gritos roncós y a golpear las aguas a su alrededor, excitados ellos mismos por los presentimientos de aquellos enjambres de peces que se apiñaban en el fondo blando del lago, excitándose más y más cuando empezaban las partes bajas, y se sentían atrapados en el círculo reluciente. Ahora había algo de delirio en la forma en que daban vueltas y vueltas en enjambre. Vagas sombras humanas desenrollaron redes de mano en los botes, y el griterío se hizo más denso. Mountolive sintió que la sangre le corría más rápidamente.

—Espere un momento —le gritó Naruz—. Quédese quieto.

Las aguas se espesaron como cola; cuerpos de plata saltaban en la oscuridad sólo para caer de vuelta, chispeando como monedas, en la parte baja. Los círculos de luz se tocaron, se superpusieron y el cerco quedó completo, y desde su alrededor llegó un golpeteo y un crujido de cuerpos oscuros que saltaban a la parte de poca agua, desplegando y uniendo extremo con extremo, las largas redes de mano cuyas mallas oscuras se hinchaban ya, como medias de Navidad, con los cuerpos convulsivos de los pescados. Los que saltaban se habían asustado tam-